

América en el pensamiento de Gregorio Marañón

1. Antecedentes de una recuperación

En el conjunto de la obra escrita que dejó el doctor Gregorio Marañón, tan extensa como rica y variada, puede encontrarse un ideario americano del mayor interés. No se trata sólo de estudios o comentarios expresamente dedicados al tema de América, sino de páginas en las que los temas de historia o de cultura americanas surgen espontáneamente, al hilo de cualquier observación oportuna, con independencia del objeto propio del estudio a que pertenecen. En este orden, Marañón viene a representar, con los matices que provienen de las circunstancias de su biografía y muy particularmente de su formación médica, una continuación de la serie de grandes intelectuales que contribuyeron desde finales del siglo pasado a crear en España un ambiente nuevo, un clima de interés, en torno al desarrollo de la vida cultural en los países de la América española, como también una estimación honda y fundamentada de las esencias hispánicas que actúan con la fuerza y misión que es propia de las raíces en la vida del espíritu como en la de la naturaleza.

Los hispánicos de una y otra orilla del Atlántico vivieron un largo tiempo del siglo XIX vueltos de espaldas los unos a los otros, alimentando una indiferencia y una incomprensión que violentaban las razones profundas que exigían una actitud bien distinta.

Ya en el último tercio del siglo XIX hay no pocos síntomas que anuncian el cambio que se operaba y que, curiosamente, encontró aliento en la América española con motivo del desastre de 1898, el que ponía fin definitivamente a la presencia política de España en los últimos territorios del antiguo Imperio.

Después vino, desde España, la acción meritoria de muchos hombres eminentes, científicos y literatos, que con sus iniciativas, publicaciones o viajes, dieron una nueva imagen de América y estimularon el interés por todo cuanto constituía el patrimonio común de los pueblos hispanohablantes. Allí están los nombres, muy al comienzo de esta orientación, de Juan Valera y Marcelino Menéndez y Pelayo, pero, en seguida, también los de Rafael Altamira, Adolfo Posada, Miguel de Unamuno, Federico de Onís, Guillermo de Torre, Américo Castro, Eduardo Gómez de Baquero, Enrique Díez Canejo, Ramiro de Maeztu, Ernesto Giménez Caballero, y tantos otros.

Muchas y valiosas publicaciones periódicas, de diverso carácter, acogieron igualmente en sus páginas trabajos firmados por lo más representativo del movimiento cultural hispanoamericano, o dieron noticia de éste. Las colecciones de *La España Moderna*, *La*

Ilustración Española y Americana, *Crónica de Ambos Mundos*, *La Gaceta Literaria* o *Tierra Firme*, por ejemplo, son exponente de la proximidad intelectual fruto de una paulatina mutua recuperación que llena los primeros treinta años del siglo.¹

2. La contribución de Gregorio Marañón

A esta fuerte corriente cultural en el sentir americanista de los intelectuales españoles, debe incorporarse el nombre del doctor Gregorio Marañón. Venía del campo de la medicina, pero por su vasta cultura y por su sensibilidad para los problemas humanos era un verdadero humanista. Sus análisis se proyectaron sobre el comportamiento del hombre y sobre la vida social, en el presente y en el pasado, siempre con la mirada del científico formado en las ciencias biológicas. Viajó a Hispanoamérica entre 1927 y 1939, llamado a diversos países por Universidades e instituciones médicas, y en ellos desarrolló una actividad intensa como conferenciante. No sólo fue así uno más entre los hombres de ciencia españoles que desde principios del siglo estimularon con su presencia las relaciones científicas y académicas, sino que esta experiencia le movió a ir dejando en sus numerosos escritos, de muy diverso carácter y extensión, la huella de sus reflexiones sobre América como realidad histórica y como hecho cultural.

En sus grandes investigaciones históricas dejó clara la elevación de su pensamiento cuando examinaba los hombres y su tiempo, auxiliado por lo que muy bien puede calificarse de humanismo médico que tan excelentes frutos ha dado en el ensayo y en la investigación histórica, de lo que él fue un ejemplo muy sobresaliente. Así fue también cuando contempló América y reflexionó sobre el pasado histórico de que venía. Su actitud y los instrumentos y capacidades de análisis de que estaba dotado por su formación, forman lo original de su idea de América.

Pero una cuestión previa se impone. Gregorio Marañón vio América desde su entrañable y profundo amor a España. «Mi vida es amor a España», proclamó precisamente en tierras americanas, hablando, en 1937, en Montevideo. Y todavía agregó para que se interpretara debidamente el alcance de lo que decía: «mi amor a España no es simple apego al terruño, sino emoción racial, sentido de responsabilidad común... y fe en el destino de los pueblos que están unidos por el lazo solemne del verbo».

Esa unión entre América y España en las regiones profundas donde nacen y crecen los afectos, le hizo sentirse más completo cuando su contacto con América fue una vivencia personal. «Yo he aprendido cosas esenciales de la historia de España —escribió— andando, como viajero y no como turista, por las tierras inolvidables de América.»²

A ellas fue en tres ocasiones.³ La primera en diciembre de 1927. Estuvo en Cuba invitado por la Sociedad Hispano-Cubana de Cultura y fue el más breve de los tres via-

¹ El profesor Enrique Zuleta Alvarez ha hecho una exposición muy completa del desarrollo de este importante fenómeno cultural en sus estudios «La idea de América en el pensamiento español del siglo XIX» y «La idea de América en el pensamiento español contemporáneo (1900-1936)», publicados, respectivamente, en los números 24 y 25 (1979) del Boletín de Ciencias Políticas y Sociales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina.

² «Castilla la Vieja», La Nación, Buenos Aires, 11-IX-1949.

³ Vid. Marino Gómez Santos, Vida de Gregorio Marañón, Taurus, Madrid, 1971.

jes. Dictó tres conferencias sobre un tema médico del que se ocupó repetidas veces: «Los estados intersexuales».

La segunda, en febrero de 1937. Esta vez fue a Montevideo, Buenos Aires y Río de Janeiro, a lo largo de cuarenta días en los que pronunció cuarenta y cuatro conferencias, muchas veces una por la mañana y otra por la tarde. Residía entonces en París a causa de la guerra civil y desde Francia navegó hasta el Plata, con escala en Lisboa. Tanto en Montevideo como en Buenos Aires, Marañón estrechó lazos con los colegas médicos, visitó diariamente hospitales y clínicas, a lo que dedicaba la mañana, como en su normal vida madrileña, y disertó en el marco de cátedras universitarias y centros científicos. Pero también tuvo intervenciones con éxito enorme en ambientes más sociales y abiertos, en los que pudo exhibir ante un público vario la poderosa atracción de su talento por la forma humana, directa, sin énfasis, con que presentaba temas sugestivos por su inmediata relación con el hombre de la calle, con la conducta y el sentir que forman el tejido de la vida. Por eso no sólo se le conoció como médico eminente, sino como pensador que detiene su mirada en graves problemas humanos o sociales, en hechos del pasado, con una gran comprensión, actitud que él había definido como «la última generosidad». En Uruguay y Argentina es donde dio a conocer sus estudios «Soledad y libertad», «Psicología del vestido y del adorno», «Los amigos del Padre Feijoo» y «La vida en las galeras en tiempo de Felipe II», ensayos que luego reunió, con alguno más que agregó, en el volumen *Vida e Historia*, libro, por eso, que, como escribió en la advertencia a la segunda edición (1940), sería para él «un recuerdo, siempre vivo, de los amigos del Plata».

Por tercera vez cruzó el océano para llegar a América, en agosto de 1939. En esa oportunidad se extendió hasta la América andina. Estuvo en Perú y Bolivia, bajó luego hasta la Argentina y, ya de regreso, volvió a visitar Uruguay y Brasil. De nuevo repartió sus horas como había hecho con anterioridad: vida médica, compartiendo experiencias clínicas con sus colegas, visita de enfermos en consultas públicas y hospitales; y luego, la vida cultural, el contacto con el pueblo, la captación de ambientes y paisajes, de hombres y ciudades, del pasado y del presente de América; y de todo ello saldrían tantas meditaciones que pasaron a las páginas de escritos que, quizá, no tenían inicialmente una finalidad relacionada con América. Lo cual revela una impregnación intelectual.

Un cuarto viaje proyectado para México, invitado por la Universidad Autónoma, no pudo realizarse, y es pena porque así hubiera podido conocer otra dimensión de América y el escenario de la apertura de la gesta conquistadora, además de la zona de contacto con la otra América, la que no habla español, lo que da un particular interés a aquel gran país.

Lo que había sido reflexión estimulada por lecturas y estudios, especialmente de historia y también de viajeros, a los que fue muy aficionado y de los que reunió una gran biblioteca a la que más de una vez hizo alusión, cobró fuerza y relieve. La gran mayoría de los pensamientos escritos de Marañón sobre tema americano, historia, cultura, hombres, libros, encontraron su lugar en textos posteriores a 1928. Lo que demuestra la importancia que tuvieron aquellos viajes.

Pero lo escrito desde aquella fecha forma un conjunto considerable por el que ha

quedado incorporado a la larga serie de los grandes intelectuales que desde principio de siglo contribuyeron a dar un giro en la mentalidad española sobre los temas americanos y él, en particular, por el mundo plural en que se movió, alcanzó con su influencia a los sectores más variados. Dijo cosas profundas, que deben ser siempre tenidas en cuenta, pero especialmente ahora cuando la fecha de los cien años de su nacimiento está tan próxima a la del V Centenario del Descubrimiento de América. Y como lo que dijo lo expresó con gran perfección y belleza, su recordación sobre estos temas americanos es más oportuna todavía.

3. América en la historia

Marañón contempló el Descubrimiento con ojos de biólogo. Lo revela ya el vocabulario a que acude para expresar las determinaciones profundas del gran hecho. Términos como «impulso biológico», «ímpetu vital», «hecho biológico», resaltan en sus textos y dan el alcance exacto de lo que quiere decir, sitúan la línea argumental en el orden de las realidades inexorables que son propias del mundo natural y físico. «Lo que tiene que suceder —decía— es una realidad tan profunda como lo que sucede y lo que ha sucedido ya.»

En una ocasión justificó explícitamente este proceder. «No está fuera de lugar hablar con un criterio biológico o, más concretamente, fisiológico de la evolución de los pueblos y de las civilizaciones. Lo inadmisibles es hablar (de éstos) que son cosas vivas y en evolución perpetua y como tales deben ser estudiados, como si fueran momias desenterradas o polvorientos legajos en los archivos... de su vitalidad dependen los fastos históricos...»⁴

Las voluntades humanas, los estímulos que mueven las conductas, sin mengua del libre albedrío, son también consecuencia de la acción poderosa y combinada de factores que operan en el seno profundo de los tiempos y marcan el destino de los pueblos. Factores que, en lo que tienen de inexorable, como la geografía o las necesidades vitales, se imponen a los hombres, aunque siempre aliente el espíritu de éstos, únicos actores de la historia, en la realización de los hechos, tal como quedan plasmados en la realidad, impulsados por las creencias y concepciones desde las que, en cada momento del devenir universal, dan respuesta a los misterios que les rodean y justificación a sus acciones sobre el mundo exterior.

«El descubrimiento del Nuevo Mundo —escribió en 1950—, con instrumento hispánico, fue, como todas las grandes hazañas colectivas, obra de la Humanidad. Estaba inevitablemente sujeto a circunstancias de la vida de nuestra especie, que no se podían ni escoger ni modificar. Sólo pudo realizarse entonces y no antes; ni pudo llevarle a cabo otro pueblo que no hubiera sido el español; porque el pueblo español era, en aquella hora, el representante humano de la capacidad creadora de las cosas. Esa representación creadora pasa, a lo largo de los siglos, de unas a otras manos; y llega a su

⁴ Obras Completas, III, pp. 772-786. Incluida en el vol. *Elogio de España al Ecuador*, Ed. *Cultura Hispánica*, Madrid, 1953.